

MARÍA ZAMBRANO (1904-2004). «RAZÓN, POESÍA, CREENCIAS, COMPROMISO»

María Zambrano (1904-2004). «Reason, poetry, beliefs, commitment»

Roberto Carlos Abínzano

Universidad Nacional de Misiones (Argentina)

La proyección hacia América Latina del pensamiento de los filósofos españoles encuentra en esta oportunidad un ámbito auspicioso a partir de los acuerdos entre nuestras universidades. Se abre la posibilidad de romper con un aislamiento antiguo y estéril. Desde el Aula María Zambrano de la Universidad de Málaga se inicia un camino que comenzamos a recorrer. Pero no se trata solamente de un homenaje a una intelectual relevante del pensamiento contemporáneo, sino de mucho más que eso: de continuar un itinerario de compromiso social y político con base en una propuesta filosófica que no se abroquea únicamente en el racionalismo, sino que lo integra a otras formas de ver, pensar, imaginar y vivenciar la realidad. En este breve artículo, que fue primero una disertación, intento señalar algunos aspectos relevantes de la obra de Zambrano, pero, además, establecer puntos de coincidencia desde mi formación antropológica, sobre todo, en la valorización de la poesía como forma de locución privilegiada para expresar aquello que está vedado a la razón, en tanto vivencia.

Palabras clave

Filosofía española, Ignorancia mutua, Posibilidad de re-conocernos, Valoración de un pensamiento trans-racionalista, Docencia, Compromiso

The projection of the thought of the Spanish philosophers toward Latin America found in this opportunity a propitious field thanks to the agreement between our universities. The opportunity to break an old and vain isolation its open. From the María Zambrano classroom's in the University of Málaga we start to walk a road. But this it's not only about a tribute to an relevant intellectual of the contemporary thought, this is much more than that: this is about continuing an itinerary of social and politic commitment with bases in a philosophic proposal that not hug only in rationalism because its integrate to others ways of seeing, thinking, imaging and experience reality. In this short article, that was at first a dissertation, I try to point out some relevant aspects of Zambrano's work but also to establish points of coincidence from my anthropological formation, above all thing, in the valorization of the poetics as a privilege form of speaking to express that its forbidden to the reason, as its experience.

Palabras clave

Spanish philosophy, Mutual ignorance, Possibility to recognize ourselves, Appreciation of a trans-rationalistic thinking, Teaching, Commitment

El presente artículo es una combinación de la guía original que pensaba utilizar, en un panel que compartimos con nuestras invitadas, profesoras de la Universidad de Málaga, y lo que realmente dije en esa oportunidad. Podrá comprobarse en la grabación del vídeo que no hay una total coincidencia entre ambos discursos. Confieso mi incapacidad para ceñirme en mis conferencias a lo previamente escrito, pero ese desfase se debe a que, hasta el momento de tomar contacto con los presentes en un auditorio, sobre todo en actividades no sistemáticas, siento la obligación de adaptarme a los asistentes, que, en este caso, de manera sorpresiva, fueron en parte alumnos de escuela secundaria, cuyos profesores consideraron que era muy importante escuchar a las investigadoras malagueñas en esta única oportunidad. Esa iniciativa, poco usual, fue sin duda de gran importancia.

Entonces, sobre la marcha, y también en atención al tiempo asignado, expresé aproximadamente lo que sigue:

Gracias a la directora de la Oficina de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Misiones (UNaM) por la invitación a participar en este evento junto a las profesoras invitadas de la Universidad de Málaga que representan al Aula María Zambrano y demás invitados y autoridades. Las doctoras María Teresa Vera Balanza y Carmen Romo Parra ya son, por cierto, nuestras amigas, además de nuestras visitantes académicas. Y eso me exime de mayores formalismos. Ellas tendrán a su cargo la presentación principal referida al Aula María Zambrano y sus actividades, así como los planes de acciones conjuntas en el futuro en el ámbito de los estudios transatlánticos.

Creo que la directora de Asuntos Internacionales de la UNaM, Gisela Montiel, escuchó, durante la recordada visita de Juan Antonio García Galindo, vicerrector de Política Institucional de la Universidad de Málaga, que yo «sabía algo» sobre María Zambrano y eso la indujo a esta invitación. Voy a exponer ahora en qué aprieto me puso. Tuve que apelar a mis recuerdos, mi biblioteca, servidores de internet, algunas revistas especializadas y a los manuales de filosofía disponibles. Y pude comprobar después de todo eso que mis ideas y recuerdos sobre María Zambrano eran bastante pertinentes y razonables, aunque totalmente insuficientes. El resultado de todo esto fue lo siguiente:

Apelando al humor podemos preguntarnos: ¿Hay vida en otros planetas? ¿Hay filosofía en España? ¿Y en Argentina? ¿Hay pensadores que pasan por ser filósofos? Y en definitiva: ¿qué es la filosofía? Althusser diría que la filosofía es lo que hacen los profesores de Filosofía. Para otros es solo un sistema de pensamiento original y diferente de otros

que intenta responder a las mismas cuestiones que se plantean todos los demás.

Toda la filosofía es una búsqueda de su propia definición, un debate sobre sí misma; y en ese debate autorreferencial están contenidos todos los interrogantes de la experiencia humana. No voy a hablar de filosofía y mucho menos internarme en definiciones, salvo en la mínima medida que me permita destacar los rasgos esenciales del pensamiento de María Zambrano. Mi propósito es muy diferente.

Para comenzar tengo que decir que María Zambrano es casi totalmente desconocida en nuestro país. A lo sumo, en ciertos niveles de educación superior se sabe que fue una filósofa muy ligada a Ortega y Gasset y en los círculos muy especializados quizá se sepa un poco más sobre sus actividades sociales y políticas, su exilio y sus viajes; en definitiva, de sus luchas y también de su ruptura con Ortega y su vinculación con otros filósofos como Zubiri, en busca de su propia originalidad. Fue probablemente en su acción política y de compromiso con la democracia y las libertades donde el nombre de Zambrano resonó más entre nosotros, junto al de otros exiliados españoles que tanto contribuyeron a la cultura de América Latina.

Zambrano no figura en los manuales de filosofía que utilizamos en nuestros ámbitos académicos. Y esto puede generalizarse para la filosofía española y también para la latinoamericana y de otras regiones no centrales. La filosofía parece haber sido monopolio de Grecia, Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, y algunos pensadores aislados de otras naciones. Eso demuestra una vez más que la llamada cultura occidental podría graficarse como una estrella de mar donde cada extremidad se conecta con el centro pero no entre sí. Es probable que a María Zambrano se la conozca más en universidades privadas católicas o cristianas en general, por los rasgos teológicos y místicos de su filosofía. Pero no lo sé. De las personas a las que les comenté que iba a participar de este evento, solo en dos casos sabían al menos el nombre y el campo de su actuación y nada más.

En los años sesenta Zambrano era leída por nosotros en la *Revista de Occidente*, que se difundía en Buenos Aires por la calidad de sus artículos y por la influencia de su fundador: Ortega, quien visitó varias veces la Argentina. Ortega se vinculó al círculo de la revista *Sur*, donde alternó con las hermanas Ocampo, Bioy Casares y Borges (a quien los poetas españoles y sus intelectuales no le gustaban demasiado). Pero la *Revista de Occidente* era conservadora como *Sur*, aunque ambas permitían heterodoxias progresistas y liberales.

Bien, así conocimos a María Zambrano. Luego de la muerte de Franco volvimos a saber de ella, ya mayor, reconocida y homenajeadada en su tierra. Es muy interesante que se haya creado un aula con su

nombre y creo que ese ámbito no es para estudiar su obra, sino para investigar los temas y problemas humanos y sociales que preocuparon a la filósofa. Nosotros no tenemos esa costumbre de poner nombre a las cátedras. Pero en la tradición de otras universidades es habitual. Es no solo un reconocimiento, sino una continuidad, la ejecución de un mandato.

La obra de María Zambrano es demasiado extensa como para reseñarla aquí. Y no soy experto en ella. Ya se ocuparán de eso, seguramente, nuestras visitantes. Pero sí me referiré brevemente a algunos rasgos de su obra.

La obra de María Zambrano, de quien se conmemoró este año el ciento doce aniversario de su nacimiento, compone un sugestivo fresco caracterizado «por una muy bella escritura, un apasionado tono poético y un elevado misticismo». ¿Pero puede, en rigor, entenderse como una producción intelectual filosófica que está a la altura de su tiempo y del nuestro?

Fernando Rodríguez Genovés utiliza la cita de un poeta, que en un párrafo sirve para ejemplificar el estilo denso de Zambrano: «Atravesaba esa fantástica región donde van todos los acentos de la tierra, los sonidos que decimos que se desvanecen, las palabras que juzgamos que se pierden en el aire, los lamentos que creemos que nadie oye». (G. A. Bécquer, *Leyendas*, en Rodríguez Genovés, 2001).

En 1939 María Zambrano (1904-1991) publicó uno de los libros de juventud más programáticos, *Filosofía y poesía* —el mismo año que ve la luz *Pensamiento y poesía en la vida española*—, donde queda definida la línea de puntos que orientará el resto de su obra. Lo escribe con el propósito principal de hacer reconciliar el pensamiento con la poesía, aunque para ello no le importe dulcificar la filosofía platónica y casi neutralizar a su propio fundador, al ser este justamente uno de los máximos acusadores de la poética en la ciudad. Pienso en poesía en sentido de creación, de desvelamiento.

Zambrano era de una tierra que tuvo desde la Antigüedad un arte extraordinario, Andalucía. Y sus poetas fueron mucho más que meros buceadores de belleza para convertirse en profundos pensadores de los temas centrales de la vida y la muerte. ¿Hay acaso una obra filosófica que nos diga algo tan contundente sobre la muerte como *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía*, de García Lorca? *Arrojados al mundo*, de Heidegger, o *Una vez que has nacido no hay donde esconderse*, de un autor italiano. Entender no es lo mismo que sentir o comprender. Y no hay nada que nos ponga frente a la barbarie como el *Guernica* del malagueño Pablo Picasso, por no mencionar a los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre e innumerables poetas de las canciones populares de un pueblo que parece estar

siempre dispuesto «al toque y el cante» no por ser superficial, sino por ser creativo, vital y pasional.

Era imposible que Zambrano no llevara a lo largo de su vida esta magia de una tierra que a través de miles de años conoció la superposición y mezcla de muchas culturas y que su obra filosófica no fuera una «reflexión sobre esa vitalidad». Y no hablo del

Toda la filosofía es una búsqueda de su propia definición, un debate sobre sí misma; y en ese debate están contenidos todos los interrogantes de la experiencia humana

vitalismo biológico tan en boga en algunos círculos que negaban la evolución, sino de la vitalidad entendida como vivencia compleja en el sentido de la *ergebnis* de los neokantianos como Droysen. El hombre como una unidad compleja de razón, sentimientos, misticismo, creación poética, etc. El hombre total del que habla otro filósofo español, Miguel de Unamuno.

«El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental». «Los hombres que no piensan más que con el cerebro, terminan como definidores, se hacen profesionales del pensamiento». «El hombre por tener consciencia es ya, respecto al burro y al cangrejo, un animal enfermo. La consciencia es una enfermedad».

Unamuno decía esto porque su gran problema era la consciencia de la muerte de la que años más tarde hablaba Sartre. «Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro».

Xavier Zubiri, maestro de Zambrano en Madrid, sostenía que el hombre del Paleolítico y Descartes se diferencian en que el hombre de Altamira no podía filosofar. «Cuando el hombre y la razón creyeron serlo todo se perdieron a sí mismos, quedaron anodados. De esta suerte, el hombre del siglo XX se quedó más solo aún, sin mundo, sin Dios y sin sí mismo».

A través de un recorrido portentoso de palabras de gran poder evocador, Zambrano logra que Platón apruebe todo aquello que en realidad denostaba —por lo visto, solo «en apariencia»—, hasta el

punto de convertirlo en un flamante «filósofo poeta», en el que las energías del alma y el cuerpo se funden por efecto de un aliento místico. Sobre esta ensoñadora base se instituye una congregación que promueve el cruzamiento de la filosofía y la religión, una unión que durante la Edad Media y el Renacimiento encarna la esencia de la cultura europea cristiana, a través de sus producciones más sublimes: el arte y la poesía. La filosofía aportó la concepción del amor platónico, que el cristianismo elevó a categoría mística. La *Divina comedia* de Dante «realiza ese momento feliz, tal vez no repetido, de unión sin vagas y nebulosas identificaciones, entre poesía, religión y filosofía» (Zambrano, 1993, en Rodríguez Genovés, 2001).

Ese momento de paz y felicidad no dura mucho tiempo, según Zambrano. Con el vibrante ascenso del humanismo bajo los auspicios de la modernidad, el saber renuncia a su pasado de ascesis y ascensión, al descubrir un nuevo mundo: la individualidad. Mas, como quiera que para Zambrano el abrazo entre filosofía y cristianismo había sido tan intenso, su mutua presión no se ve disminuida con el paso del tiempo.

El cristianismo aporta a la unión el patrimonio del misterio y el milagro de la creación; la filosofía, el fundamento de lo real (da por descontada la creación). El resultado muestra una refundación de la metafísica: la «metafísica de la creación». El tercer vértice del triángulo místico se reserva para la poética, principio inspirador de la pareja inseparable, la razón y la fe: «La metafísica de la creación. Nada más natural que, dentro de ella, la creación artística tenga su lugar y aun su lugar central, pues al fin el acto de la creación es un acto estético de dar forma» (Zambrano, 1993, en Rodríguez Genovés, 2001).

Entonces hay tres dimensiones: la religión (lo divino), la filosofía (la razón) y el arte (la creación o creatividad).

Negativa a aceptar la versión cartesiana de una filosofía rigurosamente racional. Descartes inicia lo que podríamos llamar la modernidad filosófica con el culto a la razón y al racionalismo por oposición al empirismo. Pero no niega la existencia de un dios que puede ser alcanzado por la razón. En Descartes hay una dualidad de lo material y lo espiritual y a esto último se le asigna el campo de la religión, la sacralidad, etc.

Hay en Zambrano una intención de recuperación del pensamiento platónico en oposición a la supremacía de Aristóteles en su maridaje con Tomás de Aquino, pensamiento claramente dominante en la cristiandad medieval hasta el Renacimiento.

El Romanticismo del siglo XIX define el momento preciso e incorpora el escenario propicio para que pueda consumarse de nuevo la apoteosis de

verdad, creación y belleza. Filosofía y poesía vuelven a igualarse. No hay descendencia al no existir contacto físico, mas sí emanación: la conciencia despliega su manto sobre filósofos y poetas, como humus nutriente, donde florecen las categorías de pecado, culpa y claudicación. En este instante, Kierkegaard toma el relevo de Platón. La fenomenología de la angustia sirve ahora de pretexto para anunciar la derrota de la razón moderna y del ideal del hombre como ser autónomo y dueño de sí mismo.

El símbolo de la «caída» se interpreta como consecuencia de un existir y un insistir en la soberbia, como efecto de una filosofía arrogante que conduce al hombre a plegarse sobre sí mismo sin futuro ni salvación: «Castillo de razones, muralla cerrada de pensamientos frente al vacío» (Zambrano, 1993, en Rodríguez Genovés, 2001).

La poesía «pura» sí supera este trance, gracias a que vive alejada de razones, dominaciones y potestades. Se salva porque se refugia en el «martirio»; «por eso es padecimiento y sacrificio bajo la protección del “ímpetu divino”» (Zambrano, 1993:89, en Rodríguez Genovés, 2001)

Zambrano lleva a cabo unas maneras de apropiación de los contenidos de la filosofía verdaderamente muy sorprendentes. Primero, ha sido la portentosa maniobra efectuada sobre el racionalismo platónico hasta convertirlo en palabra poética y trascendental. No habría aquí, por lo demás, para la pensadora de Vélez, violencia interpretativa, sino una rehabilitación: lo que excusa a Platón de su violencia antipoética es que, a pesar de todo, estaba impregnado de un designio religioso. Esta circunstancia constituye su salvación. Pues bien, ahora le llega el turno del sacrificio a Kierkegaard. En la nueva faena hermenéutica que se consuma, el filósofo danés pierde gran parte de su fuerza al serle amputados, o jibarizados, sus postulados más notorios, a saber: la libertad, la elección y la decisión; fundamentos, como es sabido, de la *Teoría tripartita de estadios existenciales* de la que es autor.

Zambrano, en su particular visita a Kierkegaard, no le sigue hasta el estadio teológico —en cuyo caso hubiera aliviado sus textos de serias ambigüedades—, sino que, en una extraña maniobra de superación, retrocede hacia el estadio estético, aunque asumiendo a la vez la religiosidad y el espacio místico de la conciencia, en un trasunto de suma de contrarios muy hegeliano, cuya noticia, de llegar al buen danés, gran consternación le hubiese producido. No podemos reclamar, empero, coherencia y responsabilidad a quien proclama con su elogio poético una «liberación de todo género de subordinación a lo real y lo lógico». Tampoco cabe esperar acto de justicia, moral o hermenéutica, porque la poesía no sabe

de ella; tan solo vive de la caridad, «caritativamente». ¿Qué posibilidad de diálogo se nos reserva? La palabra del poeta exige derechos, pero no se ajusta a ningún deber; se debe solo a sí mismo, como ser deudor y culpable que es.

Por este motivo dice Zambrano que el verbo poético es tan profundamente injusto, tan inagotable y tan audaz; quién sabe si también muy culpable: son tantos los misterios... Su derecho –autoproclamado, porque le sobreviene, sin conquistarlo; en la poesía no hay lucha, lección ni violencia– consiste en expandirse más allá de sus límites, si es que los posee (nuevo misterio). Filosofía y poesía se recogen así en el seno de la «metafísica de la creación», objetivo más próximo a lo segundo que a lo primero. «En lo que no estarían jamás de acuerdo sería en el método», puntualiza la autora.

Y llegados al tema del método, penetramos en el núcleo del conflicto de géneros y de demarcación de campos de saber. En el libro *Notas de un método* (1989), cuarenta años después de *Filosofía y poesía*, Zambrano corona en breve sinopsis su vasta obra. Su arranque ya revela el firme propósito de ratificarse en la posición anteriormente defendida:

Ha sido una especie de imperativo de la filosofía, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser. Mas lo ha ido consumiendo o, cuando así no lo conseguía, lo ha dejado en la sombra, tras de su claridad (Zambrano, 1989, en Rodríguez Genovés, 2001).

Para Zambrano, la claridad y la distinción del método cartesiano –así como de todo método filosófico moderno– afianzaron la figura del sujeto en la filosofía, el cual, lejos de aportar luminosidad y plenitud, generó sombra y escisión en la noción del ser humano. El hombre, de esta manera, se separa de sí mismo al querer ser «sí mismo» y se vuelve contra su propia vida, dando como resultado un cuadro en el que la conciencia y la inteligencia quedan eclipsadas por la enajenante «sombra de la escisión». Freud, pienso yo, hubiera estado de acuerdo con esto, aunque desde una perspectiva diferente. El hombre es racional e irracional y sus comportamientos combinan estas dimensiones.

El sujeto, eje y palanca sobre los que se afirma la filosofía moderna, es percibido como una realidad incompleta, debido a su quietud y manquedad, es decir, algo rebajado a mero concepto. Para Deleuze y Guattari la filosofía es la creación de conceptos. Para Ortega también. Siguiendo una orientación no muy alejada de la filosofía heideggeriana, Zambrano vuelve la mirada sobre el pasado, aquello que denomina «el camino recibido». La imagen que recibe la arrastra hacia las profundidades del ser

originario, ese espacio que alberga la comprensión del trágico vaciamiento de la persona y la evaluación de la naturaleza de su estado. (Georges Gusdorf trató magistralmente este tema en su *Mito y metafísica*).

Algunos ontólogos españoles contemporáneos han acompañado a la poetisa pensadora hasta la filosofía-límite para mirar el abismo y apesadumbrarse

El resultado de la búsqueda confirma una doble realidad, a saber: la ausencia del sentir y la presencia de la culpa: «El sentir acusa la pérdida, la acción del sujeto de haberlo dejado perder» (Zambrano, 1989:89).

Tiempo y olvido remiten a un ser aludido, al que se le impele para que responda de su desorientación inductora de pérdida. El sentir acusa y el aludido se siente señalado. La máxima falta cometida por el hombre, según Zambrano, se debe al ensimismamiento, a su «cierre categórico» dentro de su fortaleza subjetiva. La cura pasa por el reencuentro con el otro, lo perdido, el efecto de lo desprendido. La ruta que asume Zambrano para rehacer el estado decaído del ser humano se distancia visiblemente de la opción racional –demarcación clara entre «saber» y «conocimiento»– y en su lugar, o quizás impugnándola, apela a lo que no duda en denominar «imaginación suplantadora».

Más que de un nuevo método, presuntamente sustitutivo del método, nos hallamos ante la negación del método como vía de acceso a la experiencia vital y a su confinamiento en el terreno artístico, poético, paso previo para la plena consagración en el espacio religioso, el «pensar entre lo sagrado y lo divino», y para la penetración en el universo de los «misterios»: en lo que respecta a los verdaderos e íntimos asuntos humanos «raramente se encuentra la palabra, y si se encuentra es por el camino del arte y de la poesía» (Zambrano, 1989:108). Se impone, en consecuencia, una travesía reservada solo para iniciados y dispuesta a atravesar la dura prueba del dolor y la melancolía. (Rodríguez Genovés, 2001).

En esta procesión y prosecución en aras del espacio apropiado donde alojarse (el paraíso perdido),

sobran las palabras y mucho más la razón. ¿Qué le queda por hacer a la razón? Zambrano le reconoce un lugar privilegiado en el canto y la música, y una tarea eficaz en el desciframiento de los enigmas que nos separan de la morada nativa: el destino de los jubilados. Poca renta y triste dividendo para la filosofía, que parece saberle a poco a una pensadora como Zambrano de tan altas miras. La imaginación, mientras tanto, oteando en su «logos sumergido», solo halla la salida en la «razón poética», mucho más elástica que la filosófica.

Más allá de la razón, se vislumbra el abismo del misterio, en el enigmático «otro lado», un espacio vedado a la filosofía: «Y es que la condición originaria, la inocencia primera según algunos filósofos, tal como Nietzsche, perdieron la razón por buscarla. ¿O será el músico, y no el filósofo, el protagonista de la cultura de Occidente?» (Zambrano, 1989:52, en Rodríguez Genovés, 2001).

Con la palabra revelada y la razón perdida, Zambrano asume una travesía que la conduce a la experiencia lingüística del límite (será lo inefable, eso que no se puede decir), del espacio propicio para la aparición de un sentir esperanzado, del ámbito donde los géneros se cruzan caprichosamente y donde la palabra creadora transita en pos de su recinto: desde la religión hacia el reino que garantiza un «vibrar literario». Algunos ontólogos españoles contemporáneos han acompañado a la poetisa pensadora hasta esta filosofía-límite para mirar el abismo y apesadumbrarse. Por su pasión por el espíritu, la «poesía pura», el gusto por la transversalidad y la confusión entre la filosofía y la literatura los conoceréis.

A la vista de este panorama desasosegante y ambiguo, ambivalente y elástico, no es de extrañar la voluntad, expresada por algunos comentaristas de la obra de María Zambrano, de congeniarla con las tendencias «posmodernas» y «anti-modernas» del pensamiento coetáneo, esto es, con las fuerzas hostiles a la razón y con los tratantes de filosofías y demás géneros, próximos a las diversas variaciones del pensamiento débil. Pero no daré yo más pistas que fomenten semejante empresa, pues reservada queda para sus simpatizantes, los cuales han demostrado sobradamente que, si no en ideas, en osadía y desenvoltura son exuberantes.

Mientras preparaba esta intervención leí una buena crítica a la filosofía de Zambrano del doctor filósofo de la Universidad de Valencia Fernando Rodríguez Genovés, del cual tomé algunas ideas. Muchas partes de este texto le pertenecen. No he sido prolijo en las citas de este autor porque eran solo una ayuda a la memoria para exponer oralmente.

Lo más prodigioso de la obra de Zambrano es que su verbo haya fascinado igualmente a filósofos que se dicen herederos del ideal ilustrado de la modernidad. Pero, para ella, los caminos de la razón,

cuando no se desprenden del todo de la fe y el mito, aunque se diga laica, son inescrutables. Me pregunto, además, para qué necesitan algunos la filosofía, si tan incómoda les resulta para abordar lo indecible, y por qué no la dejan ser y estar en su lugar, allí donde logró, tras grandes esfuerzos, liberarse de la carga del mito, la poesía y la culpa. Sin ir más allá.

Pero no. Entre nosotros, han sido muchos, y lo son todavía, los que suspiran por un retorno a la etapa pre-filosófica del pensar o, al menos, al momento en que la filosofía trajinaba todavía entre metáforas y parábolas, rimas y leyendas. Este ha sido, por ejemplo, el caso de Juan David García Bacca, erudito postulante de aquello que denomina «filosofía edificante»:

Y para devolver a la filosofía esta propiedad que en otros tiempos poseyó, cuando no se había separado aún de la poesía y el mito, es preciso que en ella hable el hombre entero y no solo la inteligencia (García Bacca, 1964/2003:16).

La racionalidad moderna, que no puede comerciar con secretos ni misterios, tiene aquí serios interrogantes sobre los que pensar y actuar, pues en la duda, la reflexión y la acción se reconoce su labor; una labor tal vez no suficientemente recompensada ni prolongada.

Lo que no se puede decir, lo indecible o inefable no es concepto, y un conocimiento que consista en visión inefable del objeto será todo lo que ustedes quieran, incluso será, si ustedes quieren, la forma suprema de conocimiento, pero no es lo que intentamos bajo el nombre de filosofía.

Esta era la posición «fuerte» de Ortega. Mi campo no es el de la filosofía, pero soy de los que creen que el diálogo de cualquier ciencia con la filosofía es necesario. Y, obviamente, la filosofía es la práctica del pensamiento que puede dialogar con todas las formas de conocimiento. Es más, creo que el problema del conocimiento es fundamentalmente filosófico sobre la epistemología. El poeta no filosofa antes de crear, su creación puede ser objeto de un análisis filosófico. Incluso los contenidos poéticos pueden contener un valor filosófico. En cambio, las ciencias, al internarse en el terreno de su validación epistemológica, siempre se encuentran con la gnoseología o filosofía del conocimiento.

Es hora de conectar nuestras prácticas intelectuales y desligarlas de esa actitud de sometimiento ante los centros productores de teorías como un aspecto de una hegemonía general. Tenemos que comenzar a trabajar de otra forma. Bienvenidas entonces nuestras amigas malagueñas, con quienes en conversaciones privadas hemos alcanzado numerosas coincidencias.

Referencias

Abellán, J. L. (2006). *María Zambrano: una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona, Anthropos Editorial.

Gusddorf, G. (1953). *Mythe et métaphysique*, París, reeditado en 1984.

Rodríguez Genovés, F. (2001). «Tres poetas filósofos espa-

ñoles: Santayana, Zambrano, Aranguren», *Teorema. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XX/1. «Suplemento Limbo», n. ° 13, Boletín de la Cátedra Jorge Santayana del Ateneo de Madrid, Madrid, pp. 1-18.

Savater, F. y otros (1985). *Historia de la filosofía. Curso de Orientación Universitaria*. Barcelona, Noguer Didáctica.